

XOSÉ M. NÚÑEZ SEIXAS

IMPERIOS DE MUERTE

LA GUERRA GERMANO SOVIÉTICA 1941-1945

Alianza Editorial

IMPERIOS DE MUERTE

XOSÉ M. NÚÑEZ SEIXAS

IMPERIOS DE MUERTE

LA GUERRA GERMANO-SOVIÉTICA 1941-1945

ALIANZA EDITORIAL

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

Edición electrónica, 2014
www.alianzaeditorial.es

© Xosé Manoel Núñez Seixas, 2007
© Alianza Editorial, S. A. Madrid, 2014
Juan Ignacio Luca de Tena, 15. 28027 Madrid
ISBN: 978-84-206-6709-6
Edición en versión digital 2014

ÍNDICE

LISTADO DE SIGLAS Y TÉRMINOS UTILIZADOS 9

INTRODUCCIÓN..... 11

1. VISIONES DE IMPERIO 19
   El síndrome del Vístula y la imagen de la URSS en Alemania..... 22
   El sueño imperial y la preparación de una guerra de exterminio..... 40
   La leyenda de la «sana Wehrmacht» y la realidad 55

2. BUSCANDO EL CORAZÓN DE LA BESTIA 63
   Tormenta en la estepa: la Operación Barbarroja 64
   El fin del principio: la batalla de Moscú 76
   La «Cruzada europea contra el bolchevismo»..... 86

3. UNA GUERRA DIFERENTE. BRUTALIZACIÓN, EXPLOTACIÓN Y EXTERMINIO 109
   La brutalización de las condiciones de combate 110
   Una guerra racial: el destino de los judíos soviéticos 138
   La degradación del prisionero..... 157
   Una guerra de retaguardia: el movimiento partisano..... 176
   ¿Producir o matar? Los dilemas de la explotación económica de los territorios ocupados..... 200

¿Hubo oasis en el infierno? Las relaciones cotidianas en los territorios ocupados 218

4. ESCENARIOS DECISIVOS 231
El cerco de Leningrado 232
La «batalla del siglo»: Stalingrado 248
La última ofensiva: La Operación Ciudadela y la batalla de Kursk 269

5. POR LA PATRIA HACIA LA VICTORIA 279
El rearme moral y material soviético: movilización, patriotismo y terror 280
El contraataque definitivo: camino de Alemania 314

6. LA VENGANZA DE IVÁN 331
La conquista de Berlín 332
Un alto precio y un legado ambiguo 349

CRONOLOGÍA 355

FUENTES Y BIBLIOGRAFÍA 359

ÍNDICE ONOMÁSTICO 377

LISTADO DE SIGLAS Y TÉRMINOS UTILIZADOS

Los términos son explicados en su mayoría a medida que aparecen en el texto, salvo aquellas palabras y expresiones de conocimiento general (como *Führer* o *Tercer Reich*). La totalidad de las citas textuales procedentes del alemán han sido traducidas directamente por el autor.

AK (*Armia Krajowa*):	Ejército polaco del interior.
Einsatzgruppe:	Literalmente, «grupo de despliegue» o «de intervención»; unidades móviles de exterminio formadas en junio de 1941.
Feldgendarmerie:	Policía militar alemana.
Frontovik:	Soldado de infantería soviético (con experiencia de combate).
Gauleiter:	Líder territorial del partido nazi (*Gau*: distrito).
Gestapo (*Geheime Staatspolizei*):	Policía secreta del Estado del Tercer Reich.
Gulag: (*Glávnoye Upravleniye Ispravitel'no-trudovíj Lagueréi*):	Dirección General de Campos de Trabajo de la URSS, que por extensión pasó a designar a los campos de trabajo dependientes de ella.

Heer:	Ejército de Tierra alemán.
Komsomol (*Kommunisticheskiy Soyuz Molodiozhi*):	Unión de la Juventud Comunista Soviética.
Landser:	Soldado de infantería alemán.
Luftwaffe:	Arma aérea alemana.
NKVD (*Narodnyi Komissariat Vnutrennikh Del*):	Comisariado del Pueblo para Asuntos Internos.
OKH (*Oberkommando des Heeres*):	Alto Mando del Ejército de Tierra alemán. En la práctica, el OKH actuaba desde 1942 como mando supremo del ejército alemán en el frente del Este, y el OKW, en los demás frentes.
OKW (*Oberkommando der Wehrmacht*):	Alto Mando de las Fuerzas Armadas alemanas.
Ostheer:	Ejército alemán del Este.
Panzergruppe:	Grupo blindado de la Wehrmacht.
Politruk:	Comisario político del Ejército Rojo.
RSHA (*Reichssicherheitshauptamt*):	Oficina Central de Seguridad del Reich.
SMERSh *(smert' shpionam*):	Literalmente «muerte a los espías»; organización de contraespionaje soviética.
SD (*Sicherheitsdienst*):	Servicio de Seguridad, dependiente del RSHA.
SS (*Schutzstaffel*):	Secciones de protección del partido nazi.
Stárost:	Alcalde colaboracionista nombrado por los alemanes en territorio ocupado.
Stavka (*Stavka Glavnogo Komandovaniia*):	Mando Supremo de las Fuerzas Armadas de la URSS. Cambió sucesivas veces de nombre, pero mantuvo su denominación genérica de *Stavka* (cuartel general).
Strafhnik:	Soldado de una compañía de castigo del Ejército Rojo.
UPA (*Ukrajinska Povstanska Armija*):	Ejército Insurgente Ucraniano.
Volkssturm:	«Asalto Popular»; milicia formada por civiles alemanes en los últimos meses de la guerra.
Waffen SS:	Secciones armadas de las SS
Wehrmacht:	Fuerzas armadas del Tercer Reich.

INTRODUCCIÓN

El presente ensayo no ambiciona a ser una obra de consulta exhaustiva sobre la guerra germano-soviética, conflicto que marcó de forma profunda la historia de Europa y del mundo en el siglo XX, y sin la que el desarrollo y el desenlace de la Segunda Guerra Mundial habrían sido muy diferentes. Pero sí pretende ofrecer una síntesis informada e interpretativa, que incluye igualmente dosis de investigación y reflexión propias, resultado de mi ya antiguo interés por la historia social, política y cultural europea del *siglo de los extremos*, y de la bibliografía y documentación trabajadas con vistas a la elaboración, aún en curso, de una monografía definitiva sobre la historia y la memoria de la División Española de Voluntarios o *División Azul* en el frente del Este. El acopio de lecturas, documentación y reflexiones consiguientes llevó a una primera propuesta del profesor Francisco Sevillano (Universitat d'Alacant) para que elaborase una monografía sobre un aspecto concreto de la guerra del Este, idea que fue retomada poco después por Alianza Editorial, y en especial por Cristina Castrillo, quien aceptó la reformulación del proyecto inicial

en un libro de ámbito temático más amplio y ambicioso, y que tuvo la paciencia de esperar por el manuscrito. Mi primer agradecimiento, pues, se dirige a ambos.

La guerra germano-soviética, también llamada «guerra de Rusia» o «frente del Este» en sentido amplio, constituyó una inmensa carnicería en la que se enfrentaron millones de hombres en los campos de batalla en medio de condiciones climáticas y ambientales de una dureza difícilmente imaginables. Pero supuso, asimismo, un ensayo de reordenación geopolítica del continente europeo, y aun de buena parte del mundo, por parte de un poder totalitario, como era el del Tercer Reich, animado de una vocación mesiánica por alterar el destino de millones de personas en función de sus características étnicas, culturales y biológicas. Y a una reestructuración del mapa de Europa también aspiraba una dictadura totalitaria, la estalinista, con el fin de crear las condiciones para la hegemonía del llamado *socialismo real* en una lectura despótica y personalista de esta doctrina. Dispusieron para ese fin del mando sobre millones de seres humanos, decidieron sobre su suerte y crearon marcos restrictivos para el ejercicio de la acción colectiva. Utopías modernas y premodernas fueron de la mano de ambiciosos planes y estrategias económicas y militares. La barbarie, como fue la *Shoah* u Holocausto de millones de judíos y gitanos, fue ejecutada con métodos planificados y en nombre de la modernidad. Una guerra de conquista y exterminio dictada por sueños de expansión imperial fue capaz de concitar millones de voluntades y de moldear las mentalidades de los soldados y civiles afectados por ella. Fue una *guerra total* en la que las hostilidades se extendían a la retaguardia y en la que la muerte campaba en forma de brigadas móviles de exterminio de judíos y comisarios políticos, de secciones especiales de la policía política soviética, de partidas guerrilleras y tropas de protección para las áreas alejadas del frente, de guetos condenados a una lenta muerte por inanición y de millones de personas transportadas en vagones, como ganado, camino de la aniquilación, del trabajo forzado en condiciones inhumanas o de la deportación a parajes semidesiertos. La utopía imperial y racial del Tercer Reich, y la respuesta a la misma por parte de

otro proyecto utópico, la construcción de una sociedad armoniosa sin clases bajo la égida de un líder indiscutible, tuvieron en común varios elementos, entre ellos su absoluto desprecio por las vidas de sus compatriotas.

Lo que desde hace décadas sigue fascinando a la historiografía de la guerra germano-soviética, campo en el que la producción bibliográfica es sencillamente inabarcable, no sólo es su dimensión global y su impacto en la conciencia europea del siglo XX. Ni siquiera el hecho de constituir el campo de enfrentamiento por antonomasia de las dos dictaduras totalitarias más sangrientas de la primera mitad de aquel siglo. Es quizás su carácter de caleidoscopio de enseñanzas acerca de la naturaleza humana, de la guerra como experiencia global que afecta a una sociedad por entero, del fenómeno bélico como generador de memoria y de lealtades. Pero también proporciona valiosas reflexiones acerca de la capacidad de supervivencia y adaptación del ser humano.

Este ensayo histórico se propone, por esa razón, ir mucho más allá de la historia de las operaciones militares, concepción alicorta de lo que es la historia militar todavía muy influyente en buena parte de los estudios sobre el conflicto, y que sigue imperando de modo general en la historiografía española actual. El objetivo preferente de esta obra no lo constituirán aquí los acontecimientos políticos y militares, aunque sin desatenderlos para la comprensión del conjunto, sino las dimensiones específicas, sociales y culturales, de la guerra de exterminio imperial planeada por el Tercer Reich, la experiencia de los soldados de uno y otro bando y de la población civil, los mecanismos de adoctrinamiento y las respuestas de la población soviética, alemana y de los propios combatientes.

Todo ello sin descuidar que en momentos decisivos la suerte de millones de personas y el curso de los acontecimientos históricos se puede decidir en una batalla. Resulta difícil imaginar qué habría ocurrido en la historia de la Segunda Guerra Mundial, y en consecuencia cómo habría sido la historia de Europa, si Moscú hubiese sido conquistada por la Wehrmacht en diciembre de 1941, o si Stalingrado hubiese caído en manos del 6.º Ejército germano en el oto-

ño de 1942. Tal vez el mundo habría cambiado de forma muy diferente a como hoy lo conocemos, y quizás fueron determinantes en su resultado los condicionantes estructurales de la capacidad de combate de los ejércitos enfrentados —dotación artillera y blindada, posesión de la superioridad tecnológica, destreza táctica de los mandos y oficiales, experiencia y motivación de los soldados, cantidad y calidad de los suministros, atención médica, etc.—, que se relacionan a su vez con la potencia respectiva de sus sistemas económicos y políticos, así como con su capacidad para movilizar a la población en pro del esfuerzo de guerra. Con todo, hay abundantes ejemplos en la historia comparada de las batallas que muestran que en ningún caso su destino está escrito como una mera ecuación de rentas per cápita, productividad industrial o potencia demográfica. En ellas interviene de modo decisivo el azar. Y de ese azar puede depender el curso de la historia[1].

Situándose dentro de la nueva Historia Militar, que ha recibido inspiraciones fundamentales tanto de la Historia Social como de la nueva Historia Cultural y, más recientemente, de la Historia de Género[2], este libro quiere servir también de ventana a través de la cual sea posible apreciar la riqueza de unos enfoques y una bibliografía internacional que bien pueden aportar inspiraciones novedosas para el estudio de otros conflictos, sin ir más lejos la guerra civil española o las guerras de Marruecos. Lejos del enfoque que concibe la guerra como un mero intercambio de movimientos de tropas y de combates en escenarios concretos, partimos de la base de que el hecho bélico constituye una realidad global, vivida por las sociedades involucradas de diferentes maneras. Los soldados viven la guerra directamente como una interrupción de su experiencia en tiempos de paz, pero el hecho de que millones de ciudadanos de ambos bandos hayan pasado un tiempo en el frente del Este ha actuado como una influyente charnela en sus periplos vitales, ha confor-

[1] Véase Förster, Pöhlmann y Walter (2001: 7-18).

[2] Véase Ziemann y Kühne (1999) para una exposición sintética. Igualmente, cf. Wette (1995).

mado un poso de experiencias y ha permitido reforzar o modificar creencias previas. Los civiles viven el duelo y la movilización patriótica en pro del esfuerzo bélico, y sufren las consecuencias de la ocupación. El tráfico de trabajadores forzados, de prisioneros y de guerrilleros provocó una mayor permeabilidad del conjunto del cuerpo social de la retaguardia o del «frente doméstico» hacia lo que ocurría en los campos de combate y las trincheras. Se trataba, en consecuencia, de experiencias globales que tuvieron consecuencias globales, no reducibles a las pérdidas demográficas, el dolor individual y colectivo y los cambios geopolíticos. Buena parte de las sociedades europeas, y en particular la sociedad soviética (y las diversas sociedades postsoviéticas), así como la alemana, pero también la húngara, la rumana, la italiana, la polaca y la finlandesa, han desarrollado una memoria colectiva de la experiencia de la guerra del Este.

En unos casos, como es el de la sociedad soviética y de varias de las postsoviéticas, esa memoria fue codificada y transformada en un discurso y una praxis conmemorativa que evitaba fisuras: el pueblo soviético se habría levantado contra el invasor en un gigantesco esfuerzo colectivo cuyos costes en vidas humanas y en daños materiales para la URSS convirtieron a esta última en la auténtica vencedora del nazismo y en la más legítima reivindicadora de la memoria antifascista. En ese discurso no había traidores, colaboracionistas, actitudes intermedias, acomodación o adaptación por parte de la población civil. Tampoco existía el terror de los campos de concentración estalinistas, los fusilamientos de la policía política y los errores del mando soviético. Esa perspectiva se impuso en la mayoría de los estudios historiográficos del período soviético y postsoviético, y sólo en algunos sectores de la ciencia histórica rusa, gracias en parte a la mayor disponibilidad de los archivos militares soviéticos, se ha procedido en la última década a revisar parte del mito de la Gran Guerra Patria forjado casi inmediatamente después de 1945. A pesar de la tendencia oficial ahora imperante que prefiere subrayar las aspiraciones nacionalistas de *pueblos oprimidos por partida doble*, por soviéticos y alemanes, en las historiografías bálticas o en la ucraniana, por ejemplo,

una serie de nuevos estudios históricos están contribuyendo a alumbrar la complejidad de situaciones que acompañó a la imposición de dos regímenes totalitarios: el estalinista y el nazi[3].

En otros casos, como en el de las sociedades alemanas de posguerra, persistió una memoria escindida que reconocía la propia culpa y el carácter de guerra de agresión que tuvo la invasión de la URSS por parte del Tercer Reich, pero que privilegió, sin embargo, una serie de mecanismos de exculpación de la mayoría de su población. De esta manera, la responsabilidad de los crímenes, las represalias y los maltratos a población judía y a civiles soviéticos correspondería sobre todo a una minoría de fanáticos encuadrados en secciones especiales (las SS, la Gestapo, etc.). Pero el ejército regular, la Wehrmacht, estaría libre de toda participación consciente en actos contrarios a los códigos de la guerra honorable. El sufrimiento de más de dos millones de prisioneros germanos en campos de trabajo soviéticos hasta la década de 1950, así como el recuerdo de las masivas violaciones cometidas por los soldados del Ejército Rojo en las áreas orientales de Alemania, impregnarían también de manera decisiva la memoria de millones de ciudadanos de la República Federal Alemana y de la República Democrática Alemana.

Empero, desde mediados de la década de 1990, como veremos, ese paradigma comenzó a tambalearse por efecto del descubrimiento de cada vez más evidencias documentales que probaban la participación de soldados de recluta obligatoria y *perfectamente normales* en labores de exterminio. La pregunta inevitable pasaba a ser: ¿Qué hicieron nuestros padres, maridos o abuelos en el lejano Este? La sombra de la guerra de exterminio en el frente oriental planea hoy en día de manera imborrable en los debates públicos sobre la responsabilidad del conjunto de la ciudadanía germana en el ascenso y la consolidación del nacionalsocialismo, sus mecanismos de consenso y los silencios que siguieron a su derrota. Y dos generaciones de historiadores alemanes han contribuido de manera insistente no sólo a desvelar esas verdades incómodas, sino también a

[3] Véase Berkhoff (2004: 9-15) y Tumarkin (1994).

renovar la Historia Militar desde un punto de vista metodológico y teórico.

* * *

Este trabajo no habría podido realizarse sin la colaboración de varias personas e instituciones. El personal del Archivo Militar de Friburgo y del Archivo Político del Ministerio de Asuntos Exteriores alemán en Berlín, que en mis visitas en 2002-2003 y 2004 me concedió todas las facilidades para la consulta de documentación. Los historiadores José M.ª Faraldo, Xosé Ramón Quintana Garrido y Ruy Farías tuvieron a bien leer varios capítulos de este libro y proporcionaron útiles sugerencias bibliográficas. Los también historiadores Mariana Hausleitner, Klaus Schmider y Krisztián Ungváry, así como el lingüista Benedict Buono, proporcionaron útiles datos bibliográficos sobre la participación italiana, rumana, eslovaca y húngara en el frente oriental. Mis suegros, Rita y Klaus Fesefeldt, fueron solícitos y eficaces a la hora de atender mis incesantes encargos de libros y fotocopias. Henrike, también perteneciente al sufrido gremio de los historiadores, no sólo leyó varios capítulos, revisó traducciones y sugirió lecturas e ideas, sino que además supo aguantar un período más de enclaustramiento por mi parte para acabar la versión final y me apoyó en todo momento. Mis hijas Sara e Irene siguen sin interesarse por las historias de su padre y consideran con razón que lo importante es vivir. Tal vez este libro las reafirme en esa convicción.

Os Ánxeles (Brión), marzo de 2007

CAPÍTULO 1

VISIONES DE IMPERIO

A las tres y media de la mañana del 22 de junio de 1941, el ejército alemán y sus aliados cruzaron la frontera e invadieron sin previo aviso la Unión Soviética, desde el Báltico al Mar Negro. De este modo comenzó una fase específica de la Segunda Guerra Mundial, el conflicto germano-soviético; y se inauguró un nuevo frente de guerra, el conocido popularmente como frente ruso o frente del Este, en el que el Ejército de Tierra alemán allí destinado (*Ostheer*) consumiría cuatro años, hasta la retirada final que acabó con la entrada del Ejército Rojo en Berlín y la capitulación del Tercer Reich a principios de mayo de 1945.

La *campaña de Rusia,* y la guerra germano-soviética en general, supuso un momento de escalada cuantitativa de la Segunda Guerra Mundial. Más de la mitad de las víctimas totales que se cobró el conflicto bélico cayeron en el haber del frente del Este en sentido amplio; es decir, contando también su amplia retaguardia. Y fue en él donde la guerra y el duelo de la guerra adquirieron un carácter auténticamente masivo. La población civil soviética (al igual que la po-

laca), en particular la que habitaba en la Rusia europea, Ucrania y Bielorrusia, sufrió cincuenta veces más muertes que la alemana. La violencia sin precedentes que se desató a todos los niveles en el frente y la retaguardia se cobró asimismo un número de vidas casi diez veces más alto que en otros escenarios de la Segunda Guerra Mundial. Y más que en ningún otro frente, la guerra en el Este provocó una universalización del sufrimiento y de la memoria de la guerra entre amplias capas de población, entre ocupantes y ocupados, civiles y militares. Eso no siempre ocurría en Europa occidental, donde la memoria colectiva de la guerra constituyó, al contrario que en la Primera Guerra Mundial, una suerte de universalización a la comunidad nacional del sufrimiento y de la experiencia vivida por minorías, significativas eso sí, de la población civil. Tal vez, el ejemplo más relevante fue el exterminio de los judíos europeos por parte del Tercer Reich, pues en varios países ocupados fue este grupo de población el que más muertes y persecución sufrió[1]. Aun así, no hay que olvidar que la *Shoah*, la aniquilación de los judíos europeos, y el exterminio simultáneo de grupos étnicos como los gitanos (Sinti y Roma) tuvieron su principal escenario en el este de Europa y sufrieron una aceleración y radicalización por mor, entre otras razones, de las nuevas circunstancias de violencia masiva creadas por la guerra germano-soviética[2].

La invasión de la URSS dio paso a una campaña con características netamente diferenciales respecto de otros frentes en los que había estado o estaba comprometido el Ejército alemán, y con él sus aliados. No sólo se trataba de las condiciones climáticas y medioambientales inhóspitas en que debían combatir los soldados. Hasta 1942, y a lo largo de toda la Segunda Guerra Mundial en el conjunto del frente occidental, en Noruega, en el frente norteafricano o incluso —en parte— en los Balcanes, las tropas alemanas se habían atenido en líneas generales a las normas de la Convención de Ginebra (Tercer Tratado, 1929) en lo referente al trato a los prisioneros

[1] Véase al respecto las reflexiones de Lagrou (2002).

[2] Este punto ya fue señalado por Hilberg, en su clásico estudio de 1961: véase ahora en castellano Hilberg (2005).

de guerra, y habían mantenido un comportamiento, en líneas generales, correcto con la población civil que no era judía en los países ocupados. En estos últimos, en especial en Europa Occidental, hubo varios casos de matanzas indiscriminadas cometidas por tropas alemanas en represalia por ataques de la Resistencia, con matanzas tristemente conocidas como las del pueblo checo de Lídice (10 de junio de 1942); la población griega de Distomo (10 de junio de 1944); el pueblo francés de Ouradour-sur-Glane, también el 10 de junio de 1944, o la localidad italiana de Marzabotto (29 de septiembre de 1944), cometidas todas ellas por tropas de las Waffen SS. Pero esas matanzas no formaban parte de un plan premeditado de exterminio de grupos enteros de la población civil no judía, ni de una reordenación étnica que buscase mudar el predominio de unos pueblos por otros en áreas geográficas determinadas. Por el contrario, tanto en Francia como en Noruega, Bélgica u Holanda, el Tercer Reich procuró crear movimientos de opinión y organizaciones colaboracionistas, e incluso difundir una cierta imagen de la Alemania hitleriana como garante de un *Nuevo Orden* europeo, que pese a garantizar la hegemonía germana en el continente reservaba un espacio subordinado al resto de los países del continente.

En el frente del Este, el Tercer Reich libró una guerra de carácter cualitativamente diferente. Ese carácter distinto se manifestó desde el principio mismo de la invasión de la URSS, y había sido previsto y diseñado tanto por Hitler y sus colaboradores como por el Alto Mando de la Wehrmacht (*Oberkommando der Wehrmacht*, OKW). Se trataba, en primer lugar, de una guerra frente a una cosmovisión —el comunismo soviético— que pretendía eliminar de raíz mediante el exterminio de sus defensores, el *aplastamiento* de la *bestia* que era presentada como una amenaza para la civilización europea. *Leitmotiv* que los jerarcas nazis esperaban que les atrajese simpatías de otros pueblos del continente. De hecho, además de las divisiones rumanas y finlandesas que participaron en la Operación Barbarroja, los países aliados del Eje, Hungría y Eslovaquia, aportaron, respectivamente, dos Ejércitos y una división; Italia envió un cuerpo expedicionario, y Croacia mandó al frente del Este pequeños contingentes. Voluntarios

de varios países de Europa occidental y nórdica se unieron además al esfuerzo de guerra alemán, y se encuadraron tanto en las filas del Ejército de Tierra (*Heer*) como de las Waffen SS.

En segundo lugar, y sobre todo, se trataba de una guerra de exterminio racial. Pues se dirigía contra un pueblo o conjunto de naciones —el pueblo ruso y la mayoría de los que integraban la URSS— reputados como comunidades racialmente inferiores con base en presupuestos biológico-genéticos. El *eslavo*, como bien había preconizado Adolf Hitler en su obra *Mein Kampf* (Mi lucha), en 1925-1927, no tenía derecho a existir más que en posición subordinada y al servicio de la grandeza del pueblo dominador, el alemán, cuyo genio creador, según él, era el que había contribuido a inspirar la idea de Estado entre seres incapaces de llegar a un estadio de civilización por sí mismos[3]. Aquellos pueblos, considerados como ajenos a la civilización europea, tendrían sólo un papel en el futuro inmediato: configurar una gran reserva de mano de obra semiesclava que abasteciese de materias primas y alimentos al Tercer Reich, eliminando la parte de su población considerada *sobrante*.

El síndrome del Vístula y la imagen de la URSS en Alemania

En agosto de 1920 el después mariscal y dictador de Polonia Józef Pilsudski, al mando de 20.000 soldados, en buena parte de caballería, consiguió derrotar a las tropas bolcheviques en Zamosc; detener el avance de estas últimas hacia el oeste, después de que hubiesen llegado a pisar los arrabales de Varsovia; impedir que los cosacos y jinetes de Tuhacevsky cruzasen el río Vístula, y garantizar la supervivencia de la joven república polaca, ratificada por el Tratado de Paz con la URSS firmado en Riga en marzo de 1921. Pero, al mismo tiempo, la mayor parte de las cancillerías de Europa central y oriental y los sectores de opinión conservadores en cada uno de los países hicieron suya la reflexión del diplomático británico Lord D'Aber-

[3] Véase Hitler (1930: 742-743).

non, según la cual el suceso que los polacos conocerían posteriormente como «El milagro del Vístula» había sido una de las principales batallas de la Humanidad, equiparable a la defensa de Viena frente a los turcos en épocas pretéritas. Según esa visión, la Rusia soviética había lanzado sus *hordas* a la conquista de Europa. Y lo volvería a hacer de no mediar otro «milagro» como el del Vístula.

Ese síndrome era común a toda la opinión pública y publicada conservadora, liberal y hasta alguna socialdemócrata de toda Europa central y occidental. Y se combinó con una imagen que tenía ya cierta tradición en el imaginario de las élites conservadoras y burguesas europeas y alemanas en particular: la del carácter extraño a la civilización continental del pueblo ruso, y por extensión de los eslavos en general. La imagen de una Rusia servil —víctima del despotismo *asiático* de poderes absolutos, misterioso y sufriente a la vez— había sido difundida por la literatura y había experimentado igualmente un cierto eco entre los círculos de la burguesía cultivada alemana desde principios del siglo XX. Esa representación también era compartida en buena parte por los socialdemócratas germanos, que contemplaban a Rusia como el paraíso de la autocracia y la reacción y, por esa vía, justificaron el apoyo a la movilización bélica de 1914. La imagen nacionalista e imperial de Rusia como un poder amenazador, de cultura *asiática* y cuna de un pueblo fanático, premoderno y subdesarrollado recurría a paralelismos históricos para equiparar a Rusia con los mogoles de Genghis Khan, o la amenaza turca en la Edad Moderna. En parte como *marcas* para defender en una suerte de mentalidad de *limes* de la civilización europea, y en parte también como posible espacio para desarrollar una ambición imperial que en África y Asia había encontrado escasa satisfacción, ya en tiempos del imperio guillermino se publicaron proyectos de expansión hacia el Este, que fueron resucitados durante la Primera Guerra Mundial (1914-1918) como posibles planes de futuro, una vez que la guerra contra el imperio zarista fuese ganada.

La irrupción de la revolución bolchevique contribuyó a resemantizar aquella imagen previa, y le añadió nuevos significados. El pueblo asiático y de instinto otrora dominador, pero considerado in-

ferior al alemán y al europeo occidental desde el ángulo cultural, económico y político, se hallaría ahora a las puertas de Europa armado de una nueva ideología totalitaria que amenazaba con destruir la religión, la propiedad y lo que para los defensores del orden liberal-capitalista constituían los pilares de la civilización, pues su ansia de expansión era universal. El bolchevique era, pues, ruso, asiático y, en sus versiones más gratas para el público confesional, anticristiano. Un perfecto sucedáneo de lo que habían sido los *turcos* para la cristiandad tres siglos antes. Los alemanes ya se habían enfrentado a él durante la guerra civil rusa, en 1918-1919, cuando los llamados *Freikorps* o milicias baltoalemanas, con el apoyo de tropas desmovilizadas del ejército imperial tudesco, habían combatido junto a los nacionalistas bálticos para evitar la invasión por parte bolchevique de Estonia, Letonia y Lituania. Esa lucha, corta pero intensa, estuvo también marcada por la inmensa brutalidad de su desarrollo, pues en ella ningún bando hizo prisioneros. E igualmente contribuyó a radicalizar las representaciones preexistentes de la realidad rusa, dotándolas de un significado adicional: la revolución bolchevique habría supuesto una *alteración* de las jerarquías étnicas en el área, en detrimento sobre todo de las minorías alemanas. La conclusión era clara: las viejas jerarquías deberían reestablecerse en el futuro[4].

No en vano, buena parte de la literatura antibolchevique y de la publicística antisoviética que circuló en la República de Weimar durante la década de 1920 fue obra de escritores baltoalemanes y exiliados rusos blancos, o nacionalistas pertenecientes a pueblos no rusos. Entre ellos se contaría uno de los primeros ideólogos del NSDAP, el alemán de Estonia Alfred Rosenberg (1893-1946), teorizador del racismo nazi y de su visión de la Historia. Rosenberg publicó en 1922 el folleto *La peste en Rusia*, donde invocaba la única alternativa que cabía a Alemania frente a la «Rusia judeo-bolchevique»: «exterminio o victoria». Y en su obra capital, *El mito del siglo XX* (1930), el teórico baltoalemán del nazismo afirmaba sin ambages que

[4] Véase Liulevicius (2006: 60-62).

> el bolchevismo significa la reacción irritada del mongoloide contra las formas de cultura nórdicas; es el instinto de la estepa, es el odio del nómada contra las raíces de la personalidad; significa el intento de abatir a Europa por completo[5].

El temor a una «invasión» mongola o a la barbarie asiática, encarnada en un despotismo premoderno, había sido invocado por los liberales de la Asamblea de Frankfurt en 1848 —temerosos de una intervención armada del zar Nicolás I—; fue invocado en la propaganda de guerra de 1914-1918, y tuvo continuidad, pues, en la publicística conservadora y anticomunista posterior al fin de la Primera Guerra Mundial. Se trataba de un enemigo *externo*, pero que ahora despertaba, por sus prédicas internacionalistas y su aspiración a destruir los fundamentos de la sociedad capitalista, el temor a que se uniese a un enemigo interno. Sin embargo, el nacionalsocialismo llegó a elaborar una imagen de Rusia —término utilizado de manera confusa como sinónimo de la URSS, o más en concreto de pueblos eslavos de la URSS— que sintetizaba todas las representaciones anteriores y las fundía con el estereotipo del judío. Este último sería también asiático y mongoloide —en el mismo Hitler con toda probabilidad una representación forjada en sus años vieneses, muy típica de los propagandistas antisemitas de la capital austríaca en los años de entresiglos, y que denigraba a los judíos ortodoxos y de zonas como la Galitzia de cultura ucraniana como seres exóticos de otro continente, además de físicamente repulsivos y repugnantes desde el punto de vista moral—, y asimilado en sus características físicas y espirituales a lo ruso y *lo* comunista

Rusia pasaba a ser así la expresión de una entente judía y bolchevique de impronta asiática que abrigaba el objetivo de imponer su dominio mundial, comenzando por Alemania. La conciencia anterior de la propia superioridad cultural, tecnológica, militar y económica se fundamentaba ahora en un nuevo argumento que condensaba y resumía todos los anteriores: el de la superioridad racial,

[5] Véase Rosenberg (1935: 113).

de naturaleza biológico-genética. El ruso y el judío eran lo mismo, y eran bolcheviques y asiáticos por pertenecer a una raza inferior, cuya erradicación (*Ausrottung*) sería la única garantía de que no posasen sus garras sobre Alemania y Europa. Y esa eliminación sería deseable y hasta justificable, por cuanto el ruso bolchevique y judío no sería más que un ser subhumano (*Untermensch*) no sólo de modo metafórico, desde un punto de vista cultural o civilizatorio, sino sobre todo desde un ángulo supuestamente *científico*[6].

Ninguna de las otras representaciones de la superioridad histórica, cultural o económica de Europa central y occidental sobre el mundo eslavo, y sobre Rusia en particular, implicaba o legitimaba una política de exterminio. Más bien evocaban la necesidad de mantener una *frontera* y marcaban un límite entre un concepto propio de Europa (asimilado a una lectura particular de qué significaba el término «civilización») y un concepto extraño de civilización, un estadio inferior a ella. La nueva imagen elaborada por el nacionalsocialismo tenía la virtud de sintetizar todas las anteriores, y todos y cada uno de sus elementos, además de añadirle la legitimación racial de cariz biológico-genético. Por ello, podía ser asumida por sectores sociales, actores y, desde 1941, soldados en los que predominaba alguno de los tipos *tradicionales* de visión de Rusia.

El síndrome del Vístula incluía además un elemento de temor real a los juzgados deseos de expansión mundial del comunismo encarnado por la URSS, que, aunque congelados por el triunfo de las tesis leninistas del «socialismo en un solo país», seguían vivos gracias a la existencia de la Internacional Comunista o Komintern. Y en los planes imperialistas a medio y largo plazo del nazismo, en particular de Adolf Hitler, la confrontación con la Unión Soviética y la expansión del propio imperio a costa de los pueblos eslavos eran contempladas como un hecho inevitable en el futuro. Sin embargo, también persistía el temor a que Stalin golpease primero y a que, esta vez, no hubiese fuerza capaz de detener a las *hordas asiáticas* en el Vístula.

[6] Véase Jahn (1991) y Klug (1987), así como, de modo exhaustivo, Volkmann (1994).

El 23 agosto de 1939, las cancillerías de todo el mundo se despertaron con una noticia sorprendente. Tras un viaje relámpago del ministro de Asuntos Exteriores del Tercer Reich a Moscú, Joachim von Ribbentrop, y tras una negociación con el propio Stalin y el comisario de Asuntos Exteriores, Viacheslav Molotov, Alemania y la URSS firmaron en la madrugada de aquel mismo día un pacto de no agresión. En el protocolo secreto que lo acompañaba, los dos regímenes dictatoriales se repartían «áreas de influencia» en Polonia, que iba a ser atacada por las tropas germanas el primero de septiembre. Tras una discusión que duró varias horas sobre el reparto de Letonia, pues los alemanes querían germanizar una parte del país, el pacto estuvo listo. En virtud de este último se reconocían como esferas de interés propias de la Unión Soviética los territorios bielorrusos y de Ucrania occidental pertenecientes a Polonia, de acuerdo con la distribución de fronteras que había sido fijada en 1918. Al mismo tiempo, la URSS invadiría las repúblicas bálticas de Lituania, Letonia y Estonia, antiguos territorios del Imperio zarista que se habían proclamado independientes en 1918-1919, y reclamaría del Gobierno rumano, con apoyo de Hitler, la cesión de las regiones de Bukovina (territorio de mayoría étnica ucraniana) y Besarabia.

Hitler, que había ofrecido a Stalin el pacto de no agresión para asegurarse manos libres en Polonia, sabía que el acuerdo era sólo temporal. Stalin también era consciente de ello. Pero el 3 de septiembre de 1941 tanto Gran Bretaña como Francia reaccionaban a la invasión de Polonia declarando la guerra a Alemania, algo que no entraba en las previsiones de los dos dictadores. El 17 de septiembre de 1939, tras la petición alemana de que la URSS también invadiese Polonia por el este, las tropas soviéticas cruzaban la frontera, con el pretexto de proteger a los «hermanos bielorrusos y ucranianos» que vivían bajo el Gobierno de Varsovia y que ahora podían verse abandonados a su suerte. Una semana después, la ocupación de la zona de influencia soviética era un hecho, y el 28 de septiembre Molotov y Ribbentrop se repartieron el botín definitivamente. Las áreas de mayoría étnica no polaca del Estado polaco pasaron a so-

beranía soviética. El resto fue anexionado por Alemania, y repartido entre una zona directamente reanexionada, el territorio de *Warthe-land* y el Gobierno General (*Generalgouvernement*), que comprendía buena parte de las regiones de Polonia central y oriental.

Tanto en la zona de ocupación alemana como en la soviética comenzó un proceso de depuración, represalias y deportaciones. Dos millones de polacos fueron deportados a Siberia y Asia Central, internados en campos de concentración y utilizados como mano de obra forzada, al igual que los prisioneros de guerra que cayeron en manos soviéticas. Aunque los diversos cálculos existentes son sólo aproximativos, cabe afirmar que la mayoría de los prisioneros y deportados polacos perecieron en el curso del cautiverio en la URSS. Los oficiales del Ejército polaco fueron masacrados y enterrados en una gigantesca fosa común en el bosque de Katyn, que fue descubierta tres años después por los alemanes. Y unos 800 comunistas alemanes refugiados hasta entonces en Moscú fueron entregados sin misericordia a la Gestapo[7].

Uno de los argumentos con los que se quiso justificar la invasión de la URSS por parte del Tercer Reich fue presentarla como una estrategia de «guerra preventiva». Se trata de una interpretación ampliamente esgrimida tras 1945 por los propios generales de la Wehrmacht en sus memorias, y que igualmente ha sido aducida *ad nauseam* por la historiografía revisionista, así como, aun hoy en día, por varios historiadores, entre ellos muchos procedentes de Europa oriental que insisten en presentar el modelo del totalitarismo soviético como un régimen equiparable en todas sus facetas al nazismo. Según esa teoría, la Unión Soviética estaría preparando en 1941 una invasión inminente de Europa, razón por la que habría concentrado numerosas tropas en su frontera occidental. Y Alemania no habría hecho más que adelantarse al golpe que Stalin preparaba. Tal argumento, sin embargo y como veremos, es difícilmente sostenible desde el punto de vista historiográfico.

[7] Véase un resumen de los acontecimientos en Overy (1998: 48-61). Igualmente, Musial (2002).

Por regla general, los historiadores de las relaciones internacionales han oscilado entre dos polos a la hora de explicar la cambiante política soviética de alianzas entre 1938 y 1941. Para algunos autores, en particular para los alemanes, Stalin perseguía un acuerdo duradero con Hitler, a fin de repartirse zonas de influencia en Europa y Asia, y su juego con las democracias occidentales sólo era oportunismo. Sin embargo, el Tercer Reich no podía renunciar a un objetivo ideológico fundamental, como era la destrucción de la URSS, y a esta última no le habría cabido más remedio que defenderse. Para otros autores, si la Unión Soviética firmó con Alemania en agosto de 1939 el pacto de no agresión, ello fue debido a las dudas de franceses y británicos, que habrían llevado al dictador soviético a buscar un entendimiento a corto plazo con Hitler, ganando un tiempo precioso para preparar la inevitable guerra que también otearía en el horizonte mientras aquél divertía sus ambiciones en el oeste. Según esta interpretación, el compromiso de la URSS con la paz y con el mantenimiento del orden internacional sería sincero en lo sustancial. Las evidencias que proporcionan, aunque a cuentagotas, los archivos rusos y de otros países del este de Europa desde 1989 parecen señalar, por el contrario, el carácter improvisado y cambiante de la política de alianzas soviética. Y asimismo que la consolidación de espacios de dominio geopolítico en Europa oriental, que Stalin teorizó en 1945 como la creación de un glacis defensivo alrededor de la URSS, ya constituía una aspiración patente en 1939-1940. Objetivo que se materializó con campañas militares concretas[8].

Parece fuera de toda duda que Stalin era consciente de que a medio plazo la guerra con el Tercer Reich sería inevitable. Y de que debía irse preparando para ella mientras ganaba tiempo y dejaba que los Estados capitalistas peleasen entre ellos. Según algunas investigaciones recientes, el dictador soviético estimaba seriamente que el conflicto entre ambas dictaduras estallaría a más tardar en 1942[9]. Y

[8] Véase para la interpretación «clásica» Taylor (1961).
[9] Véase Pleshakov (2005).

también fue más que evidente que, aprovechando las concesiones alemanas en el protocolo secreto del pacto germano-soviético de agosto de 1939, la URSS procedió a realizar su viejo deseo de *recuperar* por la fuerza aquellos territorios que habían pertenecido en el pasado al imperio de los zares, y que entre 1917 y 1919 habían alcanzado la independencia. El solar de la vieja Rusia debía ser igualmente el de la nueva patria soviética. Y para conseguir ese fin se combinaban argumentos historicistas y étnicos: no sólo debían volver al regazo soviético las antiguas tierras de los zares, sino que además aquellos territorios en donde eran mayoría grupos étnicos o nacionalidades soviéticas (bielorrusos o ucranianos) también debían reunirse con sus connacionales en sus auténticas patrias, resucitadas y reunificadas bajo el paraguas de la URSS.

El proceso de *recuperación* imperial soviética, pues, siguió su curso por el norte. El 5 de octubre de 1939, el dictador moscovita intentó imponer un tratado bilateral a Finlandia que incluyese el derecho de la URSS a disfrutar de bases militares en su territorio, así como la cesión del istmo de Carelia, al norte de Leningrado, a cambio de una parte de la Carelia soviética. El Gobierno de Helsinki se negó a ello, y el 30 de noviembre el Ejército Rojo invadió el país. Sin embargo, y para sorpresa de todas las cancillerías, la resistencia inesperada de las tropas finlandesas, bien preparadas para la guerra de invierno, causó un número desproporcionado de bajas a los soviéticos, cuyas anticuadas tácticas, carencias logísticas y de suministros, y cuya ausencia de oficiales capaces y con capacidad de decisión independiente del control de los comisarios políticos quedaron al descubierto. Sólo la llegada del mariscal Semyon Timoshenko como nuevo comandante en jefe de las operaciones, así como el refuerzo de 26 divisiones soviéticas, consiguieron romper las defensas finlandesas. Sin embargo, el Ejército Rojo estaba exhausto, lo que obligó a Stalin a renunciar a la conquista de Finlandia. De este modo, el 12 de marzo de 1940, el Gobierno de Helsinki accedió a firmar un armisticio por el que accedía a las concesiones demandadas por el dictador soviético a cambio del mantenimiento de la existencia de Finlandia como Estado independiente. En recompen-

sa por su buena actuación en la guerra de invierno, Timoshenko fue nombrado en abril de 1940 por Stalin nuevo comisario de Defensa, en sustitución del mariscal Kliment Voroshilov, con la misión de modernizar la estructura del Ejército Rojo y librar a sus mandos de la rígida sujeción a los comisarios políticos que había sido impuesta por el mismo Voroshilov en 1937. Lo que Timoshenko consiguió parcialmente en agosto de 1940.

Los soviéticos no extrajeron las lecciones debidas del uso de la guerra relámpago por Alemania en las campañas de Polonia y Francia. La rápida derrota del ejército francés en junio de 1940 arruinó todas las previsiones estratégicas de Stalin, quien esperaba que en el oeste se desarrollase una guerra de trincheras que desangraría al Tercer Reich y le distraería de toda tentación de atacar en el este. Sin embargo, en el verano de 1940, la URSS se hallaba sola frente al poderío continental de una Alemania engrandecida. Esa constatación aceleró las prisas soviéticas por sumar la parte del pastel que había sido prometido por Ribbentrop un año antes. El 17 de junio de 1940, un ejército de medio millón de soldados soviéticos invadió los países bálticos, desencadenando la misma ola de terror represivo que la URSS había aplicado en Polonia oriental nueve meses antes. Miles de ciudadanos bálticos fueron asesinados, y unos 127.000 fueron deportados a Siberia. A continuación, Stalin presionó a Rumanía para que cediese el territorio de Besarabia, perteneciente en el pasado al imperio de los zares, así como una parte de la Bukovina (de mayoría étnica ucraniana). El Gobierno de Bucarest cedió a la presión, y el 28 de junio de 1940 las tropas soviéticas anexionaron esas regiones[10].

La expansión soviética fue contemplada con preocupación por el Tercer Reich. Y es más que probable que actuase como desencadenante de la orden final (con el código *Fritz*) dictada por Hitler el 3 de julio de 1940, por la cual se instruía a la Wehrmacht para que pusiese en marcha los estudios y proyectos preliminares para proceder a una invasión de la URSS. Ya en mayo de 1940, el Alto Mando

[10] Véase un resumen de los hechos en Overy (1998: 58-60).

del Ejército de Tierra (*Oberkommando des Heeres*, OKH) había elaborado un primer borrador acerca de las fuerzas necesarias para invadir la URSS y la capacidad militar soviética, que infravaloraba al atribuir al Ejército Rojo sólo «50-75 buenas Divisiones», por lo que bastaría con «80-100 Divisiones alemanas» para conquistar el territorio europeo de la URSS, sobre todo Ucrania, el Báltico y Bielorrusia en «4-6 semanas», hasta mantener al ejército soviético lo suficientemente lejos de Alemania. Sin embargo, pronto Hitler cambió de parecer estratégico: la agresión a la URSS no se limitaría a una guerra de disuasión o una demostración de fuerza con el fin de alejar el peligro, sino que tendría como objetivo la completa destrucción del enemigo, el reparto de su territorio y el fin del «bolchevismo judío». El Führer nazi ya repartía la piel del oso antes de cazarlo, según anotaba el general Franz Halder en su diario: «Ucrania, Bielorrusia, los Estados bálticos para nosotros. Finlandia hasta el mar Ártico. […] Más tarde, operación parcial sobre la región petrolífera de Baku». La guerra debería concluir antes del invierno, y el Ejército Rojo capitularía en diecisiete semanas, cuatro meses como mucho. Si el Estado soviético no se desmoronaba, las tropas enemigas serían perseguidas sin piedad hasta los Urales. El 29 de julio de 1940, el general Alfred Jodl, jefe de operaciones de Hitler, anunció a un grupo de mandos militares de confianza que estaba previsto que la guerra contra la URSS diera comienzo en mayo de 1941.

El plan estratégico y de campaña de Hitler para el ataque, que acabó por imponerse frente a otras alternativas, proponía atacar por tres direcciones. El Grupo de Ejércitos Norte, comandado por el mariscal Ritter von Leeb e integrado por dos ejércitos (16.º y 18.º), un cuerpo aéreo y un grupo blindado atacaría a través del Báltico hasta alcanzar Leningrado. Allí convergería con el Grupo de Ejércitos Centro (mariscal Fedor von Bock), integrado por dos ejércitos (4.º y 9.º), dos grupos blindados (2.º y 3.º) y un cuerpo aéreo, que avanzaría a través de Ucrania occidental y Bielorrusia en dirección a Moscú. El Grupo de Ejércitos Sur, integrado por dos ejércitos (6.º y 17.º), un grupo blindado (1.º) y un cuerpo aéreo, además de por tropas rumanas, se dirigiría hacia las zonas petrolíferas del Cáucaso.

Complementaban el ataque por el norte ártico dos cuerpos de ejército dependientes del Ejército alemán estacionado en Noruega, que intentaron con poco éxito apoderarse de la línea de ferrocarril de Murmansk a Moscú. El Grupo de Ejércitos Centro sería el más poderoso de los tres, y reuniría casi la mitad de los efectivos humanos y blindados de las fuerzas invasoras. Pero podría desviar parte de sus unidades para auxiliar a los otros dos Grupos de Ejército en caso de necesidad. De este modo, el Tercer Reich se aseguraría el control de importantes recursos minerales, industriales y agroganaderos (las zonas industriales de Leningrado, la cuenca del Donetz, las llanuras de Ucrania), y golpearía directamente al centro del poder soviético[11].

Los planes de reparto del territorio soviético, que incluían la reordenación racial y demográfica y la explotación económica de las zonas conquistadas, se fueron perfilando durante los meses sucesivos, y llegaron a alcanzar en los proyectos de Hitler proporciones fantásticas. Estas últimas abarcaban la reubicación de una parte de la población rusa en las regiones septentrionales, la creación de un Estado satélite en Siberia y Asia Central (*Slavenland*), la recolonización de áreas del Báltico, de la región de Leningrado y de Ucrania con población alemana, y un largo etcétera. Desde un principio estaba prevista la aplicación masiva de una política represiva brutal en la retaguardia, con el fin de mantener el mayor número posible de tropas (hasta cincuenta-sesenta divisiones) como guarnición permanente de lo que sería el nuevo *limes* imperial, desde Astrakán hasta Arkangelsk. Más allá de esa línea empezaría el dominio de los *bárbaros* rusos. La explotación económica del territorio conquistado se basaría en una premisa: el consumo de la población soviética se reduciría drásticamente para poder proveer al ejército de ocupación y a la población del Tercer Reich de suficientes productos industriales, materias primas y, particularmente, alimentos. Esa opción significaba asimismo que los ocupantes dejarían perecer por hambre a un número de ciudadanos soviéticos calculado por los jerarcas nazis en

[11] Véase Gerlach (2002: 56-57).

treinta millones, concentrados sobre todo en las ciudades y en las llamadas «regiones de apoyo» (*Zuschussgebiete*). Lo que se uniría a una política de ocupación brutal que eliminaría de entrada a los elementos que eran considerados como pilares esenciales del mantenimiento del sistema soviético: adultos judíos, comisarios políticos y militantes comunistas. En los planes que harían operativos esos designios participaron funcionarios e instancias militares y políticas diversas, pertenecientes tanto a las *Schutzstaffel* (Escuadras de protección del Partido Nazi, SS) y al *Sicherheitsdienst* (Servicio de Seguridad, SD) como a la Wehrmacht, pero también intervinieron responsables del Ministerio de Exteriores[12].

En esos proyectos elaborados todavía sobre la mesa de un escritorio, con la ayuda de mapas y estadísticas, se formularon objetivos de guerra con matices diversos, pero coincidentes en sus aspectos fundamentales. Para Heinrich Himmler, jefe supremo de las SS y la Policía y comisario del Reich para el Fortalecimiento de la Nación Alemana (*Reichskommissar für die Festigung deutsches Volkstums*), así como para su sanguinario lugarteniente Reinhard Heydrich, los objetivos de colonización germánica de varios territorios de la URSS se combinaban con la obsesión por la «protección» (*Sicherung*) del nuevo territorio imperial a conquistar. Para otros líderes, como el ministro de Propaganda y Educación Popular Joseph Goebbels, se trataba además de una guerra por la supervivencia económica y el bienestar del pueblo alemán: por «cereales y pan […] por una mesa de desayuno, una comida y una cena bien servida, […] por materias primas, por caucho, hierro y minerales»[13]. El mismo Hitler expresó en agosto de 1941 que los territorios del este habrían de ser para Alemania lo que la India era para Gran Bretaña. Al igual que una minoría de británicos podía regir sobre 400 millones de indios, una élite alemana habría de garantizar el dominio sobre millones de naturales del país ahora conquistado, quienes deberían ser mantenidos en un estadio de instrucción inferior que los capacitase únicamente

[12] Véase Gerlach (1999: 46-76).
[13] Véase Eichholz (2002: 34-35).

para trabajar para los gobernadores, soldados y colonos de la raza superior[14].

De forma paralela a esos preparativos bélicos, el Tercer Reich firmó el pacto tripartito con Japón e Italia el 27 de septiembre de 1940, para un reparto de áreas de influencia (el Mediterráneo, Europa oriental y Extremo Oriente), y atrajo también al pacto a Finlandia, Rumanía y Hungría. Mientras tanto, Alemania siguió manteniendo con esmero sus buenas relaciones diplomáticas con la URSS. Hitler incluso ofreció a Stalin el 13 de octubre de 1940, a través de Ribbentrop, que la Unión Soviética entrase en el pacto y participase en el reparto de áreas de influencia en Europa y Asia. No está del todo claro si esa oferta era un mero tanteo para comprobar cuáles eran las ambiciones territoriales del dictador georgiano, o bien si se trataba de un hábil movimiento que buscaba sorprender una vez más a Gran Bretaña y asegurarse las esferas ya adquiridas de dominio continental, posponiendo la guerra de «cosmovisiones» para un futuro más lejano. Fuese lo que fuese, el caso es que el ministro de Exteriores soviético Molotov se presentó en Berlín el 12 de noviembre de 1940, con el fin de discutir la oferta. No obstante, tras dos días de infructuosas negociaciones no hubo acuerdo final. La URSS no quería ser arrastrada a una guerra contra Gran Bretaña, y sus ambiciones territoriales se centraban en Europa oriental, además de en Turquía y el golfo Pérsico. Por el contrario, Ribbentrop y Hitler pretendían convencer a la URSS de que dirigiese sus ambiciones imperialistas hacia el océano Índico. El fracaso de la visita de Molotov dio el empuje final a la decisión de Hitler de ir a la guerra: el 18 de diciembre de 1940, el Führer nazi firmó la *Instrucción de Guerra n.º 21*, por la que establecía que la invasión de la URSS comenzaría en mayo. A pesar de los flirteos, es más que dudoso que el entendimiento entre los dos regímenes fuese posible a medio y largo plazo. Pero también lo había parecido en el verano de 1939[15]. Stalin, en todo caso, deseaba en este momento evitar la guerra por medios diplomáticos.

[14] Kershaw (2000: 395-97).

[15] Para las negociaciones diplomáticas, cf. Roberts (1995: 129-31) y Overy (1998: 62-63).

El Ejército Rojo había comenzado a prepararse y a reforzar los confines occidentales de la URSS en el otoño de 1940, además de proceder a un aumento paulatino de sus efectivos militares en hombres, así como en dotación de blindados y artillería. La labor de actualización de las defensas fronterizas fue, sin embargo, desastrosa desde un punto de vista estratégico. Por ejemplo, de los 2.300 puntos fortificados establecidos a lo largo de la frontera, sólo un millar escaso disponía de dotación artillera. Stalin impuso a los mandos del ejército soviético su propia previsión acerca de cómo discurriría un posible ataque alemán, basándose en la experiencia militar acumulada durante la guerra civil rusa. El golpe se dirigiría preferentemente por el sur, hacia el Cáucaso y los principales recursos económicos, pues el dictador georgiano partía de la base de que ningún ejército invasor osaría atacar por el centro y aventurarse a cruzar la zona pantanosa de Pripet, en Bielorrusia.

A principios de 1941 el mejor estratega militar soviético, Georgy Zhukov, fue designado merced a una serie de carambolas jefe de Estado Mayor del Ejército Rojo. Zhukov se puso manos a la obra de inmediato para fortificar mejor las defensas fronterizas, y estableció contingentes blindados y aéreos en zonas de retaguardia adyacentes con el fin de absorber un posible ataque germano. Incluso, Zhukov desarrolló planes para repeler un posible ataque alemán con una contraofensiva que penetrase en territorio del Reich. En marzo de 1941, el estratega soviético consiguió igualmente convencer a Stalin para que decretase una movilización parcial de medio millón de reservistas, a los que se unieron 300.000 más semanas después. Y en mayo de 1941 el dictador soviético transfirió más tropas a la frontera, también a insistencia de su jefe de Estado Mayor. El día 5 de ese mes Stalin pronunció un discurso en el Kremlin ante los graduados de las academias militares soviéticas, en el que, según las diferentes versiones del mismo —del que no se conservó versión taquigráfica— habría afirmado que el Ejército Rojo, por ser moderno, también era un ejército «ofensivo». Tanto el plan parcial de Zhukov para un posible contraataque como la transferencia de tropas soviéticas a la frontera en vísperas de la invasión y el discurso de Stalin el 5 de

mayo, además de la consideración de que la doctrina militar del Ejército Rojo se basaba en el supuesto de la agresividad permanente, han sido considerados por algunos historiadores, multitud de publicistas y la propia propaganda de guerra del Tercer Reich como pruebas irrefutables de que la URSS estaba preparando en 1940-1941 una inminente invasión de Alemania, y que Hitler no hizo sino adelantarse a sus planes en una guerra preventiva. Sin embargo, las evidencias documentales son demasiado débiles e indirectas para sostener tal aserto de modo convincente, y no van más allá de lo ya expuesto[16].

Por otro lado, es un hecho que Stalin buscó entre enero y junio de 1941 reconciliarse diplomáticamente con su todavía aliado alemán, e hizo caso omiso de los numerosos informes de su inteligencia militar que advertían de los preparativos alemanes, algunos tan precisos como los microfilmes enviados por el famoso espía Richard Sorge desde Tokio a principios de marzo. El Estado Mayor soviético y el mismo Stalin consideraron que todas esas informaciones sólo eran burdas maniobras del espionaje británico para enemistar a la URSS con Alemania y provocar su entrada en guerra a favor de los Aliados. El primer muerto provocado por la Operación Barbarroja fue, de hecho, un soldado alemán de simpatías comunistas que desertó el 21 de junio, cruzó la frontera y alertó a los soviéticos de que al día siguiente comenzaría la invasión. Tras haber sido comunicadas sus informaciones a Moscú, el desertor fue hecho fusilar sin contemplaciones por orden directa de Stalin, quien sostuvo que se trataba de un ardid teutón para provocar a los soviéticos. No fue el único: hubo varios casos más a lo largo de la línea fronteriza. Pero sus avisos fueron sistemáticamente ignorados por los soviéticos[17].

Tal vez, el dictador soviético, que desconfiaba de modo compulsivo de quienes le rodeaban, se aferraba a la incredulidad. O, lo que es más probable, se resistía a creer que Hitler fuese tan audaz

[16] Véase Wischljow (2002). El punto de vista de la guerra preventiva ha sido sostenido entre otros y de forma polémica por el antiguo director del Instituto de Investigación en Historia Militar de la RFA, Joachim Hoffmann, quien alude incluso a una *guerra de exterminio* planeada por Stalin en vísperas de la invasión germana (1983; 1995: 24-30).
[17] Véase Merridale (2005: 73).

como para atacar con un ejército que no superaba en efectivos al soviético, arriesgarse a sostener una guerra en dos frentes, y lanzarse a invadir la URSS con tan poco tiempo antes de que llegase el otoño. El hecho de que Alemania hubiese mandado tropas a los Balcanes en mayo de 1941 reforzó aún más la creencia de Stalin: Hitler no podía ser tan temerario. Si Alemania atacaba a la Unión Soviética, lo haría sólo después de doblegar de manera definitiva a Gran Bretaña. El dictador soviético no podía dar crédito al hecho de que Hitler invadiese su país sin presentación previa de un ultimátum, e interpretaba los repetidos informes acerca de movimientos de tropas alemanas como la evidencia de que el líder nazi se estaba marcando un enorme farol estratégico para poder obtener concesiones ventajosas en una futura negociación bilateral. El 15 de junio de 1941, al ser informado por Zhukov y Timoshenko de la posible inminencia de una invasión, Stalin expresó en voz alta su confianza en que no se produciría tal cosa:

> Alemania está metida hasta las orejas en la guerra con Occidente y estoy seguro de que Hitler no se arriesgará a crear un segundo frente atacando la Unión Soviética. Hitler no es tan idiota y comprende que la Unión Soviética no es Polonia, ni Francia, ni tan siquiera Inglaterra[18].

Una clara evidencia de que el ataque alemán a la URSS no tuvo como objeto contrarrestar una inminente ofensiva soviética contra el corazón de Europa radica en el hecho de que en los preparativos militares y en las predicciones de la conducta del Ejército Rojo que fueron elaboradas por los estrategas del Alto Mando de la Wehrmacht no existía la más mínima referencia a la «guerra preventiva». El propio Himmler opinaba en noviembre de 1940 que la Unión Soviética era inofensiva desde el punto de vista militar. La mayor preocupación de Hitler en los meses previos a la invasión de la URSS consistía, paradójicamente, en lograr que Gran Bretaña diese su brazo a torcer, y que los Estados Unidos no entrasen en el conflicto.

[18] Véanse Overy (1998: 71-72) y Braithwaite (2006: 85, 88-89).

La destrucción de la capacidad defensiva soviética en tres o cuatro meses era considerada en la práctica cosa hecha[19].

La capacidad militar del Ejército Rojo era bien conocida por los alemanes, y ya había podido ser observada y valorada por varios oficiales de la Reichswehr durante la segunda mitad de los años veinte, cuando la República de Weimar y la URSS mantuvieron relaciones de intercambio y cooperación militar, sostenidas en teoría después del pacto germano-soviético de agosto de 1939. Varios oficiales tudescos que en 1940-1941 habían accedido al generalato pudieron conocer entonces de cerca el rearme del Ejército Rojo, que por lo general subestimaron, así como el nuevo «militarismo» del Estado bolchevique. Aunque la inteligencia militar alemana destacaba la previsible determinación del soldado soviético a la hora de defender su país, en los meses previos a la Operación Barbarroja no se detectaba en los preparativos militares germanos ninguna percepción seria de temor a un posible ataque soviético. Algunas decisiones militares adoptadas por Stalin, como la clausura de la frontera germano-soviética en marzo de 1941 y la movilización parcial de reservistas, fueron interpretadas ante todo como medidas defensivas por parte del Ejército Rojo. Y los desastres logísticos de este último durante la guerra de invierno contra Finlandia fueron igualmente percibidos por los alemanes como una muestra de la incapacidad de las fuerzas armadas soviéticas para acometer operaciones ofensivas de envergadura, en buena parte debido al efecto debilitador de las purgas estalinistas de 1937-1938 entre la oficialidad y cuadros militares. Aunque en vísperas de la invasión el OKW conocía bien la superioridad numérica del Ejército Rojo en efectivos humanos, así como en número de carros blindados, la capacidad de combate de las tropas soviéticas era ampliamente menospreciada por el mando alemán. El Ejército Rojo era juzgado desde un punto de vista profesional como una fuerza muy inferior a la Wehrmacht, en particular desde el punto de vista de la tecnología militar, y la calidad de sus mandos, inferiores e intermedios. Si alguna virtud se reconocía a los soviéti-

[19] Véase Kershaw (2000: 339-341).